

El mar ejerce sobre mí una extraña sugestión. Me atrae su inquieta superficie de ondulante cristal, a veces serena y acariciadora, en ocasiones rugiente de espumas y violencia agresiva contra las rocas y acantilados; me atrae y me sobrecoge, a un tiempo, su inmensa extensión, frente a la que me veo minúsculo, microscópico, como leve gota de vida, débil é inerme. Pero, también, cuando me sumerjo en sus aguas, me invade la sensación indescriptible de ser acogido en enorme seno materno, que envuelve amoroso mi cuerpo en un abrazo total y único.

Miro hipnotizado el movimiento de las olas y observo la lejanía del horizonte, donde agua y cielo se unen; escucho incansable su rumor siempre igual y siempre distinto, que ningún otro ruido puede anular. Y entonces me olvido del mundo circundante, de los problemas irresueltos, de las preocupaciones cotidianas. Todo se borra y desaparece....Un dulce sopor, una adormecedora tranquilidad se apodera de mí.

Parece que de esas aguas que cubren la mayor parte de la superficie terrestre, surgió la vida, esta vida que hoy pulula y bulle, múltiple y diversa, por todo el planeta. El mar, pues, ha sido una inmensa matriz en la que, con lentitud infinita, como corresponde a una creación tal vez única y sin precedentes, fueron combinados elementos simples é inertes, en pacientes ensayos, hasta conseguir una diminuta y complicada composición que, en los segundos de eternidad que suponen miles de millones de años, llegó a ser célula, evolucionó hacia conjuntos mas complejos y, por fin, en un parto maravilloso, alumbró insólitas especies, de una de las cuales derivaría, con el tiempo, un ser que tiene la extraña facultad de sentir, de pensar, de soñar...

También el mar, aunque parece barrera, es camino, senda, por la que el hombre ha llegado a tierras desconocidas, buscando la aventura y la fortuna, al tiempo que llevaba experiencias y adquiría foráneos saberes y conocimientos

tos. Ha sido, por tanto, medio civilizador y de comunica---  
ción.

¡Mar inquieto, terrible hasta la crueldad, delica  
do hasta la exquisitez, pero siempre bello y sugerente!  
¡Cuánta emoción produce tu contemplación en una tarde tran-  
quila, cuando el sol se sumerge en tus aguas, tiñéndolas -  
de oro y luz!.